

EL  
GATO  
marrano



Escrito y dibujado por Juanan

Había una vez un chico que vivía en una casa muy grande, con muchas habitaciones y una terraza muy grande. Vivía con sus padres, y con su hermano Javi, que era pequeño, porque tenía seis años. Él no, él ya era mayor, que tenía doce años.

Su casa molaba, porque además de ser grande, estaba en el piso alto de un edificio donde no vivía nadie más. Lo de abajo eran oficinas de esas donde los mayores trabajan durante el día y luego se van. Y desde lo alto de la terraza se veían los otros tejados de las otras casas de la ciudad; se veían muchos tejados y azoteas, antenas y chimeneas, y ventanas lejanas, y a lo lejos a lo lejos, el mar.



En la terraza tenían juguetes, y también algunas plantas. Su madre regaba las plantas, y ellos jugaban con los juguetes. De todas las plantas había una que era la favorita de todos, porque tenía unas flores preciosas, que por las noches olían muy bien.



Un día, Juanón, que era como llamaban el chico, aunque no abultaba mucho, oyó que su madre protestaba desde la terraza

- ¡¿Será posible?! ¡Vaya faena!

Y Juanón se acercó a ver qué ocurría. Su madre estaba al lado de su planta favorita. Y la miraba molesta, con un poco de rabia.

- ¿Qué pasa? – preguntó Juanón.
- ¡Mira! – dijo su madre. Y le señaló unas cuantas bolitas negras que había en la tierra de la planta
- ¿Qué son? – dijo Juanón
- ¡Son caca! ¡Caca de gato! – le respondió su madre



Aquello le impresionó mucho a Juanón. Aunque la caca de gato no era así muy asquerosa, como la de otros animales, después de todo, era caca. Y le parecía muy mal que una cosa tan fea como la caca se mezclara con algo tan bonito como su planta más bonita.

Su mamá lo limpió como pudo, y luego se olvidaron del asunto

Pero, a los dos o tres días... ¡Zas! ¡Otra vez lo mismo! La caca del gato en su planta favorita.

Y luego ocurrió otra vez, y otra vez, y otra...

Toda la familia estaba indignada.

Su madre se desesperaba cada vez que veía las bolitas negras en la tierra de la planta.



Su hermano Javi estaba un poco alucinado. Como era pequeño, no entendía por qué un gato se tenía que cagar en la planta más bonita.



Y la verdad es que él, Juanón, tampoco lo entendía. ¿Sería marrano, el gato? ¿Por qué tenía que hacerse caca en su planta? ¿Por qué no se iba a otro sitio a hacer sus cositas?



Y su padre también estaba muy enfadado, y de vez en cuando, decía:

- ¡Como coja yo a ese gato...!



Pero el gato seguía, erre que erre. Iba por las noches. Se aprovechaba de que ellos estaban durmiendo. Y ya estaban empezando a notar que la planta ya no olía tan bien. Y se la veía medio mustia. Nadie sabía lo que hacer

Un día, bueno, una noche, Juanón se levantó a hacer pis porque había bebido mucha agua antes de acostarse. El baño tenía una ventana. Y la ventana daba a la terraza. Juanón estaba medio dormido, procurando acertar con el chorrillo, para volverse enseguida a la cama. Y de repente notó algo. Notó que había algo en la terraza. Algo extraño. Juanón lo notaba, pero no lo veía, porque seguía mirando el chorrillo.

No tenía miedo, pero se le había quitado el sueño. Estaba atento. Despacio, se subió los pantalones del pijama, giró su cabeza y miró a través de la ventana.

Allí estaba. En mitad de la terraza. Mirándole. Mirándole a él, a Juanón. Quieto. Tranquilo. Tenía unos ojos grandes, brillantes. Era el gato, claro. El gato marrano.

De repente, dio un salto largo y ligero y, en dos zancadas, había desaparecido, saltando por la terraza.



Juanón se volvió a la cama, y le costó un poco volver a coger el sueño. Al día siguiente, se lo contó a todos, que le escucharon con atención. Aunque seguían sin saber qué hacer, a todos les parecía importante que por fin se hubiese visto al gato. Era como haber descubierto al asesino, aunque aún no lo hubiesen cogido. Juanón también se sentía un poco importante, y tenía la sensación de que aquel encuentro suyo con el gato, quería decir algo...

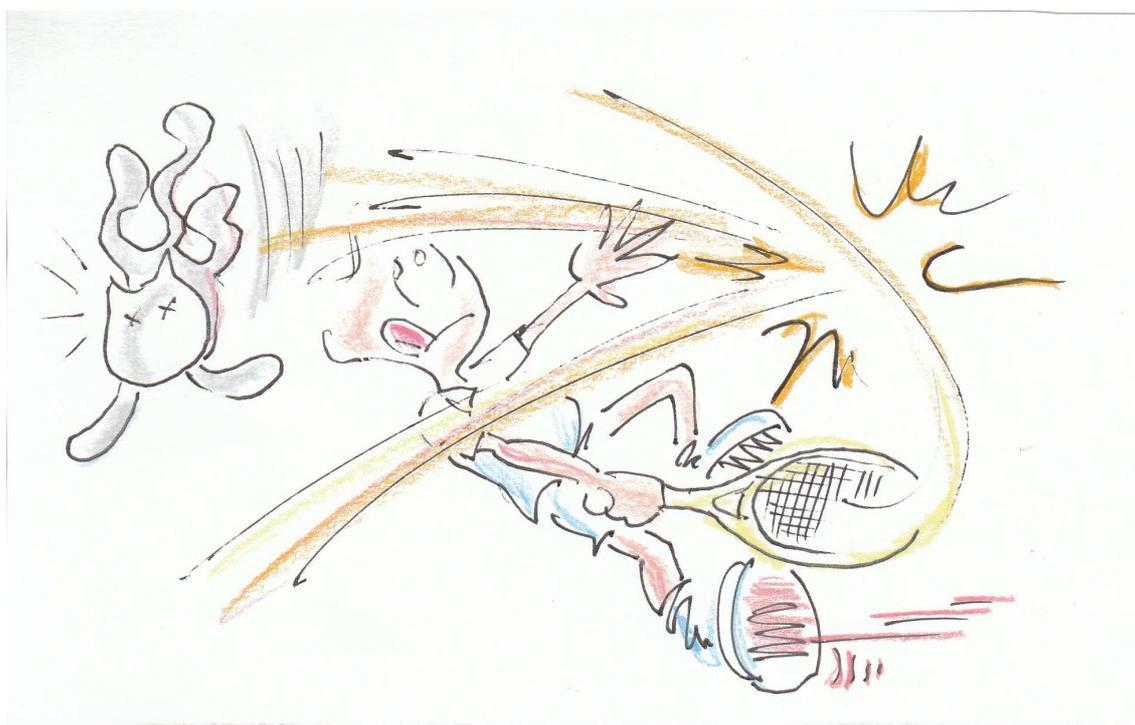


¡Pero el gato se seguía cagando en la planta y en la moral de toda la familia!

Un día, Juanón tuvo una idea. Había que dar un escarmiento a ese gato. No haría falta recurrir a venenos, ni encerrar a la pobre planta, ni nada tan horroroso. Bastaría con darle un susto. Hacerle comprender quién mandaba allí, y que supiese que, si volvía, se las iba a tener que volver a ver... ¡con él!

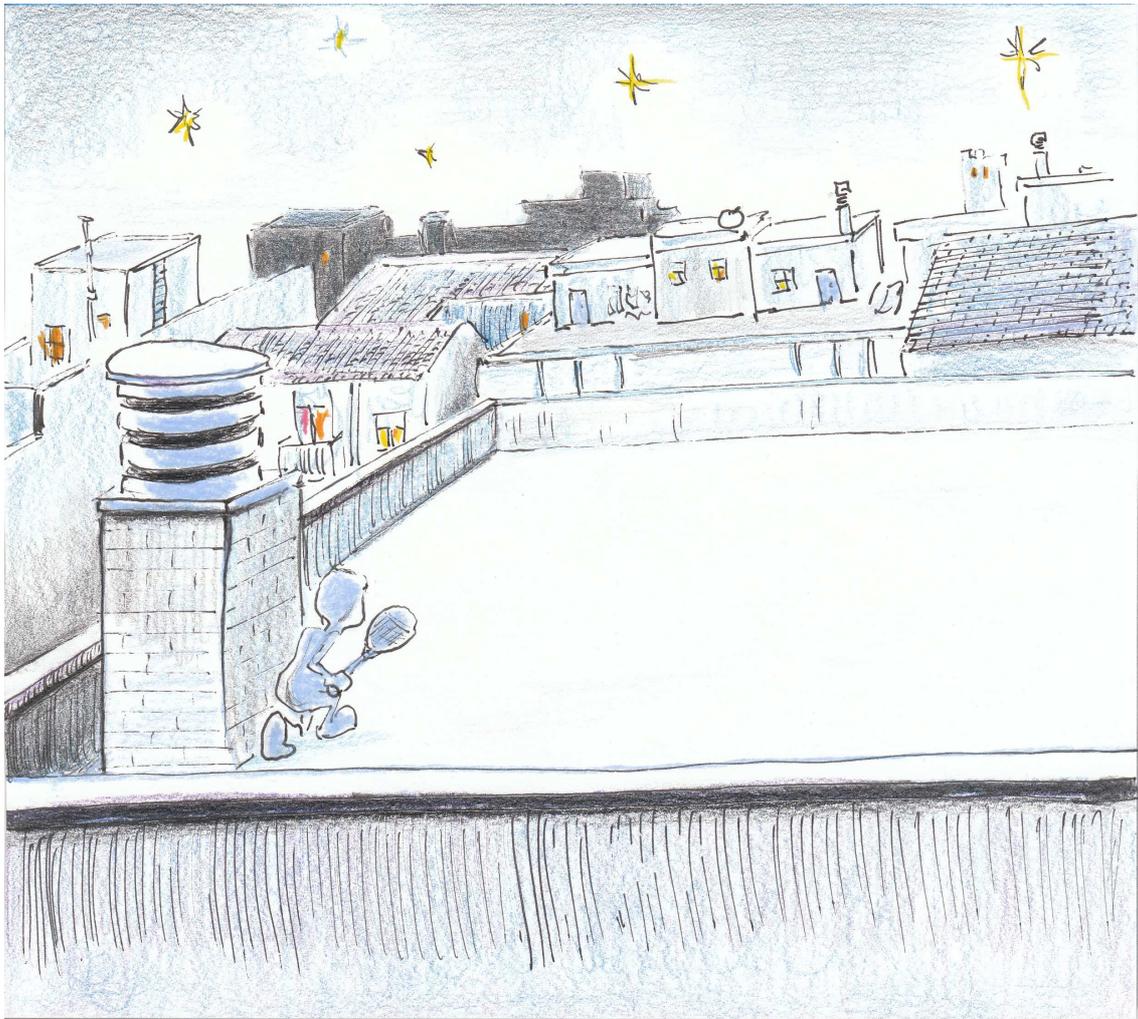
Juanón lo tenía claro. Había oído que los gatos eran peligrosos, sobre todo, los gatos callejeros. Que tenían uñas afiladas, y no se dejaban coger fácilmente. Ya le había visto, aquella noche, con qué suavidad y flexibilidad saltaba y se tiraba por la terraza. Pero eso a él no le asustaba. Porque Juanón también era muy rápido y tenía muchos reflejos. Juanón jugaba muy bien al tenis, era el mejor de su grupo, sobre todo en la red. Y por muy rápido que se le tirara encima el gato, no podía ir más rápido que las bolas que le mandaban sus contrincantes cuando querían pasarle. Y él podía apartarse o tirarse a por ellas, y devolverlas con su raqueta.

Su plan era muy sencillo. Se quedaría esperándole, con su raqueta, apoyado en una torreta, que estaba en una esquina, y desde donde se divisaba toda la terraza. Cuando el gato saltase desde las casas vecinas, que estaban justo en frente, y se estuviese acercando a la planta, él se pondría de pie de un salto, y se plantaría delante de él. Lo más probable era que el gato saliese corriendo. Pero si se le ocurría hacerle frente y se le tiraba a la cara, Juanón lo bolearía con su raqueta, como si fuese una pelota, y lo mandaría bien lejos, para que no volviera.



Esa misma noche, cuando ya todos estaban durmiendo, se levantó. Fue a su torreta y se apostó.

Hacía una noche hermosa. Era verano. Las lucecitas de las casas se extendían hacia lo lejos, y se oían sonidos lejanos, como de palabras, y musiquitas, y otros ruidos suaves y extraños.

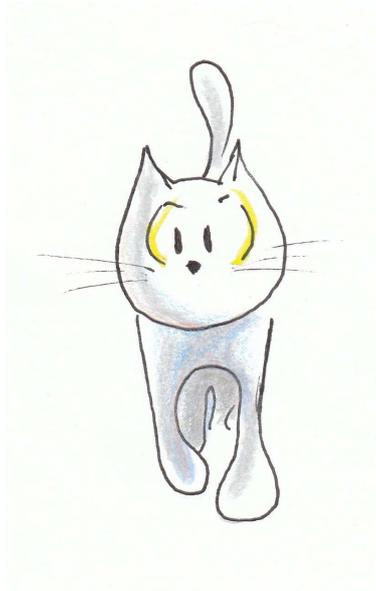


Pasó mucho, mucho tiempo. Debió pasar una hora, por lo menos, y Juanón empezó a pensar, que a lo mejor, esa noche, el gato no venía. La verdad era que no siempre venía. A lo mejor su plan no era tan bueno. Le estaba entrando el sueño, y empezó a sentirse un poco tonto, allí solo, a esas horas, agazapado, con su raqueta en la mano.

... Y en ese instante, lo vio. Vio algo que saltaba rápidamente, de un tejado a otro, a lo lejos.

¡Zas! ¡Zas! ¡Zas, zas, zas, zas...!... El gato saltaba de un tejado al otro, acercándose poco a poco a la terraza, tan confiado. Luego desapareció. Y enseguida volvió a surgir, ¡zas!, justo delante de él, tal como había supuesto, desde las otras casas, por el otro extremo de la terraza.

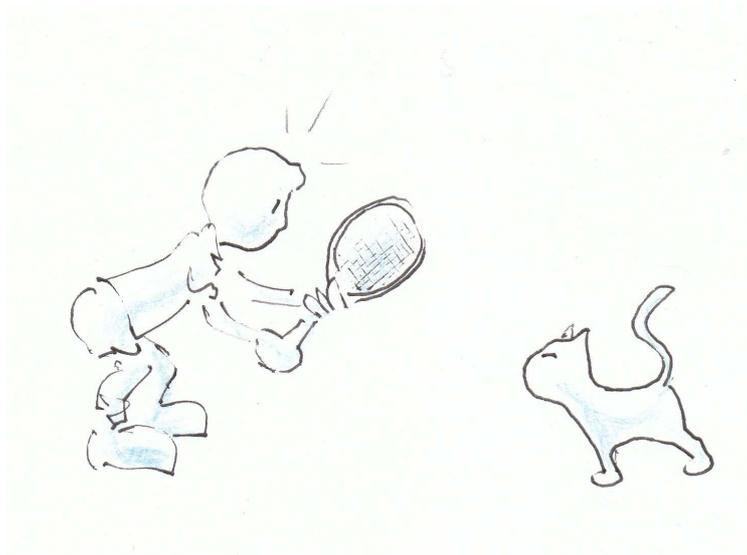
El gato empezó a caminar. Lento, tranquilo, sin prisas. No se dirigía hacia la planta. Iba pegadito a uno de los muros de la terraza, recto, hacia Juanón.



El gato se paró mirándole, y Juanón se dio cuenta de que ya le había visto. Entonces salió de su medio escondite y se quedó parado al lado de la torreta, mirando al gato.



Juanón miraba al gato y el gato miraba a Juanón. Y así estuvieron un ratito, los dos quietos, mirándose.



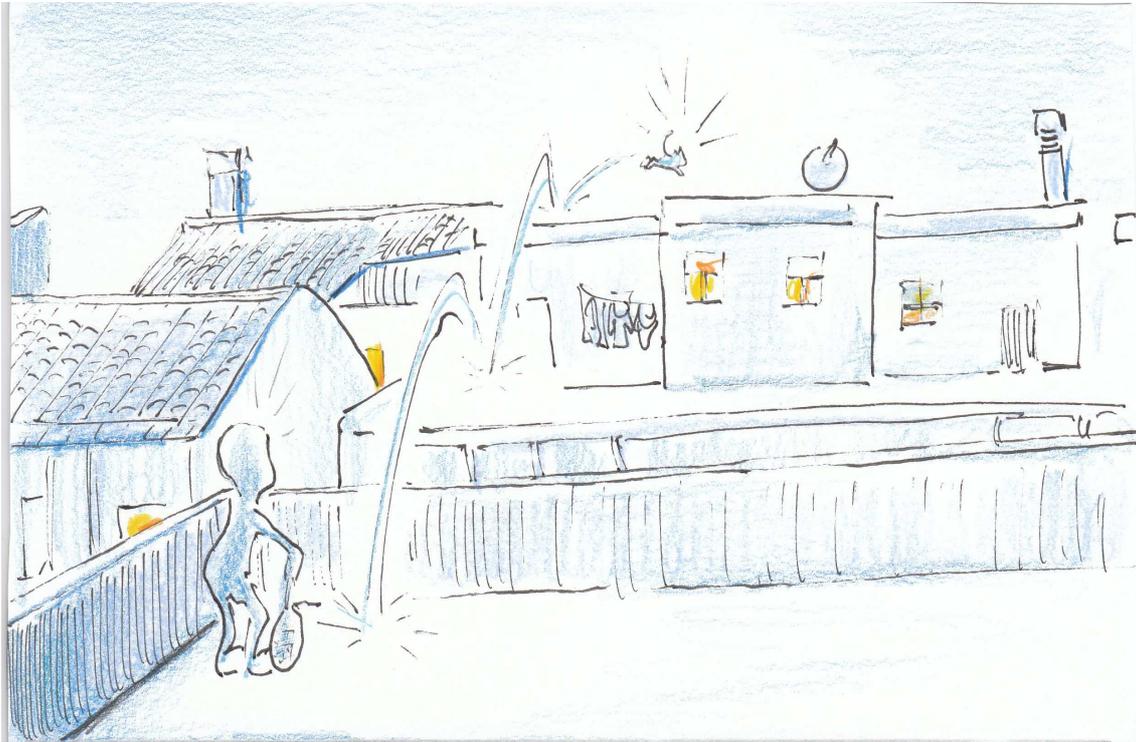
Y entonces, Juanón comprendió.

¿Qué comprendió?

Comprendió que el gato marrano, no era marrano. Al revés. En lugar de ir por ahí soltando sus cacas por cualquier parte, como hacen los perros, se preocupaba de dejarlas siempre en el mismo sitio, para no ir manchando cualquier paraje ni pringando a cualquiera que pase por ahí. A lo mejor esa era una costumbre que nos unía a felinos y humanos.

Seguramente, el gato no sabía, no podía saber, que ese rincón donde estaba esa planta, era un lugar especial para unos humanos, a quienes no les gustaban sus cacas. Pero eso no era culpa suya, eso no lo podía comprender.

El gato se marchó tan tranquilo como había venido, sin atacar a Juanón ni acercarse a la planta. Juanón le vio saltar otra vez de tejado en tejado, de casa en casa, volando casi por la noche, alejándose, libre, hacia el mar. Y Juanón se fue con él con el pensamiento, saltando con él, queriendo seguirle, envidiando su suerte, y lleno de simpatía hacia él.



Juanón se marchó a su cama, en paz y tranquilo, y se durmió pensando en aquel gato marrano que no era marrano.

Sólo se lo contó a su hermano Javi, al día siguiente, y a sus padres no les dijo nada porque no sabía si le iban a reñir o se iban a reír de él. Pero el caso es que el gato no se volvió a hacer caca nunca más en la planta. Se ve que también el gato, a su manera, comprendió. Porque, alguna que otra noche de verano, en la que la familia y algunos amigos se quedaban hasta tarde en la terraza, Juanón volvió a ver al gato por los alrededores, y se miraban y luego el gato se iba hacia tejados lejanos desconocidos. Pero nunca más se volvió a hacer caca en la planta de la familia de Juanón.



FIN